



AUMENTANDO EL VALOR DE LOS NIÑOS CREADOS A LA IMAGEN DE DIOS

Escrito por Abigail Velázquez

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).

“Dios creó al ser humano a su semejanza. Creó al hombre y a la mujer, luego los bendijo y los llamó «seres humanos»” (Génesis 5:1, 2, TLA).

Cuando mi hijo nació, mi esposo y yo estábamos obsesionados con sus facciones y debatíamos tratando de discernir a quién más se parecía. Fascinados con esta pequeña criatura, buscamos en nuestras propias fotos de cuando éramos bebés, establecimos que los labios delgados y el cabello oscuro era mío, y sus ojos cafés y figura larga y delgada era de mi esposo. Pero no logramos descubrir a quién sacó su nariz redonda y orejas grandes para un recién nacido, rasgos que no encajaban con nuestras narices afiladas y orejas pequeñas. Él ahora tiene dos años y medio, y aunque tiene sus propias facciones, mi esposo y yo aún nos preguntamos por su nariz y orejas, escudriñando fotos de abuelos, tías, tíos y primos, intentando determinar a quién se parecía.

Los seres humanos son la obra maestra de la creación de Dios como lo muestra Génesis 1 y 2. Leemos en Génesis 1:27 y Génesis 5:1, 2 que la humanidad fue creada a la imagen y semejanza de Dios. Los teólogos, así como mi esposo y yo estábamos obsesionados y diferíamos en cuanto a los rasgos de nuestro hijo, han discutido sobre qué significa ser creados a imagen y semejanza de Dios para los seres humanos. Algunos dicen que nosotros los seres humanos, somos creados a imagen y semejanza de Dios porque somos personas racionales, puesto que podemos tomar decisiones y elecciones, midiendo resultados y ventajas. Otros dicen que tiene que ver con ser relacionales, puesto que podemos formar relaciones con otros seres humanos, ya sea a través de una relación a largo plazo o una pequeña charla con un extraño en la calle. Quizá sea una semejanza física, y los seres humanos realmente nos parecemos a Dios (¡quizá de aquí viene la nariz de mi hijo!). O puede ser nuestra capacidad emocional, el hecho de que podemos experimentar un alto rango de emociones en cualquier momento. Algunos piensan que es una semejanza espiritual, y porque Dios es Espíritu, nosotros nos sentimos atraídos a Él porque somos seres espirituales.

Debido a los desacuerdos con respecto a lo que puede significar a la imagen y semejanza, los niños no son considerados porque no son adultos maduros que se hayan desarrollado completamente en estas áreas. Sus decisiones son impulsivas y son evidencia de su inhabilidad de considerar las consecuencias. Los niños no pueden controlar sus emociones y no pueden controlar su enojo, frustración o miedo. Además, Génesis 2 describe la creación de dos seres humanos en lugar del proceso biológico natural del nacimiento a la adultez. Sin duda, Dios no se parece a un párvulo o un niño de primaria. Estas conclusiones, a menudo formadas inconscientemente, nos llevan a ignorar a los niños cuando hablamos sobre la humanidad siendo creada a imagen y semejanza de Dios. Los niños son vistos como de “menor” importancia en el sentido de que se les niega la habilidad de pensar racionalmente, expresar sus emociones de manera precisa, y desarrollarse espiritualmente. Ser una creación a la imagen y semejanza de Dios, tradicionalmente, es un rasgo que solamente se le otorga a los adultos. Además, esta situación es perpetuada por el hecho de que a pesar de que la Biblia tiene mucho que decir respecto a los niños, no dice nada específicamente con respecto a los niños siendo creados a la imagen y semejanza de Dios.

Esta conclusión puede parecer un poco absurda y ridícula porque, por supuesto, ¡nosotros afirmamos que los niños han sido creados a la imagen de Dios! Peleamos, y peleamos duro, por los derechos de los niños en el hogar, la escuela y la iglesia; sin embargo, con la idea consciente de que no alcanzarán su potencial como seres carnales y espirituales hasta llegar a la adultez. Esta creencia es un obstáculo que limita cómo percibimos a los niños y su valor como creación hecha plenamente a la imagen de Dios, y a menudo se refleja en nuestros ministerios que buscan mantener a los niños callados en el fondo para que los adultos puedan enfocarse adecuadamente en adorar a Dios y ser alimentados espiritualmente. Por tanto, ¿cómo comenzamos a entender que todo ser humano, desde su concepción, lleva la imagen de Dios? Autora, teóloga y defensora de la voz de los niños en la iglesia, Marcia Bunge, nos ofrece una manera en la cual podemos mejorar nuestro entendimiento de los niños como seres creados a la imagen de Dios. Ella escribe que debemos ver a los niños “...como criaturas bajo desarrollo que necesitan instrucción, sin embargo, como seres humanos hechos a la imagen de Dios; como seres pecaminosos y símbolos de la inmadurez espiritual, sin embargo, como motores de revelación y modelos de fe; como regalos de Dios y fuentes de alegría, sin embargo, como huérfanos y extranjeros que necesitan justicia y compasión”.¹

Así como no estoy segura de que mi esposo y yo podamos resolver el misterio en cuanto a quién sacó su nariz y orejas nuestro hijo, dudo mucho que podamos resolver el misterio de lo que realmente significa ser creados a la imagen de Dios y tener Su semejanza. No obstante, mi esposo y yo aceptamos a nuestro hijo como una criatura a nuestra semejanza y nos conmueve ver lo mejor de nosotros en sus facciones, gestos y personalidad. Tomemos tiempo para ver la imagen de Dios en cada niño, regocijémonos cuando veamos el sello divino que cada niño lleva, cuando aman incondicionalmente, perdonan sin reserva, y muestran gran compasión hacia nosotros a medida que emprendemos juntos en esta jornada de aumentar el valor de los niños en nuestros medios.

¡AUMENTEMOS EL VALOR DE LOS NIÑOS!

No tiene que ser pastor, ministro de niños o padre; ¡cualquier persona puede aumentar el valor de los niños!

- Desarrolle la mentalidad: “Lo que yo hago le importa a esta generación”. Crea que sus acciones harán la diferencia.
- Aprenda y utilice los nombres de los niños en su vecindario e iglesia local.
- Supla las necesidades de un niño. Pague por su cuota de inscripción para algún deporte, compre una mochila y útiles escolares o pague por su cuota de inscripción a un campamento y provéale dinero para gastar durante el campamento.
- Envuélvase en la vida de un niño. Recuerde su cumpleaños. Asista a sus eventos deportivos, conciertos, ceremonias de logro escolar, etc.
- Apoye las decisiones tomadas en su iglesia local que bendecirán a los niños. Por ejemplo: financiamiento de programas del ministerio de niños, instalaciones y contratación de personal.
- Asista y participe en las actividades del ministerio de niños en su iglesia local.
- Abraze a los “niños solitarios”—niños y familias que no asisten regularmente a la iglesia local. Enfóquese en las familias y niños que están pasando crisis por la pérdida de un empleo, alguna enfermedad prolongada, divorcio, adicción, etc. Enfóquese en familias que no son parte de la cultura de la iglesia, por ejemplo, que asisten porque sus hijos asisten, pero realmente no tienen conexiones personales.

¹Marcia Bunge, “Children, the Image of God, and Christology: Theological Anthropology in Solidarity with children.” *Who is Jesus for Us Today: Pathways to Contemporary Christology*. Andreas Schuele, Thomas Gunter, eds. Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2009.